

SERGIO VILLATORO GARCÍA

EL SASTRE DE SALÉ



EDICIONES PANGAEA

EL SASTRE DE SALÉ

SERGIO VILLATORO GARCÍA

EL SASTRE DE SALÉ

·EDICIONES·PANGEA·

Primera edición: abril de 2024

Del texto: © Sergio Villatoro García

De esta edición: © Ediciones Pangea, 2024
41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla
www.edicionespangea.com

Edición al cuidado de José Peña Fierro

Composición de cubierta: Marta Díaz (martadiaz.design)

Retrato de cubierta: *El sastre*, de Giovanni Battista Moroni

ISBN: 978-84-128305-3-8

Depósito Legal: SE 823-2024

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi madre, a mis hijos, a Eva.

I

Sentado en el Muelle de las Muelas como a diario se permitía el lujo de perder algo de su poco tiempo libre soñando con pilotar una de esas enormes naves. Tomás se deleitaba la vista embobado ante las naos de refulgentes maderas sobre las plateadas y seguras aguas del puerto de Sevilla.

Después, sin pensar en nada, como si de su único refugio se tratase, se echaba apoyando la espalda en el entablado para observar el omnipresente cielo azul de su ciudad.

Vestía un jubón verde de basto paño de lana y un calzón que debió de ser en sus mejores tiempos de un azul oscuro. Las calzas —docenas de veces remendadas— eran blancas, al igual que la gastada camisa de lino. A la espalda, sujeta al cinto, llevaba una vieja daga de las llamadas de orejas. Había comprado este y otros oxidados pertrechos a medio escondidas en el pernicioso *Mercado del Malbaratillo* —lugar este siempre lleno de logradores, jugadores, pícaros y demás gente de malvivir—.

Una gorra marrón también de paño le adornaba la cabeza de oscuros cabellos y tez morena. Toda la ropa se la facilitaba desde que tenía uso de razón, a través de la *Hermandad de la Caridad*, el fraile Cristóbal de Zulueta. El

franciscano se había hecho cargo de él desde que había quedado huérfano. Era el responsable de su formación, habiendo intercedido en la matriculación para ingresar en la institución más importante sobre la navegación que existía en Sevilla; por no decir de España.

Más tarde, deambulando por el puerto, Tomás examinaba las naos que llevaban amarradas en el mismo lugar varias semanas. Allí, fondeados como islotes, había un buen número de galeones. También descansaban unas cuantas galeras al lado, que, además de proteger a estos últimos, los habían ayudado a remontar el río hasta Sevilla llevándolos a remolque. Se sumaban unas incontables embarcaciones más: unas remendando velamen, aquellas cargando mercaderías, otras esperando ser calafateadas o reparadas por los mejores carpinteros de ribera.

Admirado con el ajetreo de los estibadores, esportilleros y marineros, no perdía detalle e intentaba aquilatar la capacidad de las naos. «Esa rondará los ochenta toneles vizcaínos», se decía a sí mismo. Se fijaba en los arreglos e imaginaba su costo o el beneficio de la venta de los sustanciosos productos llegados de a saber qué otro punto del planeta. Sobre todo, entraban por el puerto de Indias especias como la canela, el cardamomo, el clavo o la pimienta, pero también sedas, oro y plata, porcelana, maderas y otros más o menos exóticos.

Burlando la vigilancia, Tomás se acercó hasta casi la rampa de una de las naos que estaban cargando mercaderías, pero le cortó el paso un marinero.

—¿Otra vez husmeando por aquí? —le gritaba mientras lo tenía agarrado por la oreja.

—Solo quería saber qué se siente estando a bordo, señor.

—¿Qué se siente? Yo te lo diré, bribón. Se siente frío, calor, hambre, miedo, soledad... Esto y mucho más. ¡Largo de aquí, insensato! —le dijo dándole una patada en el trasero.

Tomás era un chico inquieto y feliz. Quizá el prematuro fallecimiento de su madre debido a unas implacables fiebres que la tuvieron postrada unas eternas semanas y la mala muerte en Berbería de su progenitor —un conocido soldado veterano de las galeras del duque de Osuna— pudieron haber forjado en el mozalbete un carácter un tanto huraño y esquivo por tan mala fortuna; aunque esto no le restaba a la hora de demostrar algo de cariño por las personas más cercanas.

Antonio Vázquez «el Negro», como se le conocía al padre de Tomás, casi nunca anduvo por su vivienda —por suerte—, pues prefirió la vida soldadesca entre Nápoles, Mesina o *Zaragoza de Sicilia*.

Durante las pocas licencias que obtuvo o solicitó, se dedicaba a rellenar con alcohol su ego para más tarde vaciarlo en forma de frustración con insultos y alguna bofetada hacia su esposa o despreciando al pobre pequeño.

El hombre encontró la muerte en la ciudad argelina de Cuco, cuando a bordo de una de las ocho galeras de Sicilia al mando del almirante, don Octavio de Aragón, les dieron a los piratas berberiscos que allí vivían una lección que les sería difícil de olvidar.

Ese día, la escuadra española entró sigilosamente hasta la misma bocana del puerto, envuelto por una espesa niebla, que, como amiga esta siempre del terror, los mantuvo

en secreto hasta justo antes de que el sol, amenazando abrir con fuerza el día a su siniestra, los delatase. Con devoción y nervios a flor de piel, el páter dirigió la oración de batalla, rezando al término el santo rosario.

Todo comenzó desenvainando aceros y encendiendo mechas. Destruyeron los cuatro bajeles corsarios que allí se encontraban amarrados con los primeros cañonazos, haciendo despertar entre sus soñadas *huríes* a los soldados y marineros mahometanos. Una vez sonó el clarín de acometer, desembarcaron al punto unos cuatrocientos Hijos de Hispania dispuestos para tomar la fortaleza mandando a los moros que la defendían en busca de sus hermanos del puerto para hacerles perra compañía. Todo esto entre arcabuzazos, tajos y estocadas, avanzando ya por las calles como cuatrocientos demonios hambrientos, quemando y asolando toda la ciudad.

Una vez segura la plaza, otros cuatrocientos soldados españoles al mando del sargento mayor, don Hernando de Aledo, desembarcaron bajo el toque de degüello para apoyar la retirada una vez quedara arrasada la ciudad por los primeros infantes.

Sin embargo, en plena empresa de retirada, sonaron los tambores de la caballería mora, a la que se le había unido un nutrido grupo de guerreros tribales que venían a defender a la población —en gran número moriscos y renegados— que convivían con el resto de los locales, mercadeando con esclavos cristianos y demás ganancias a costa del corso y la piratería.

Durante la dura refriega, varios soldados y su sargento se vieron sorprendidos por el repentino ataque de la caba-

llería enemiga, que, a galope, se dirigía directamente hacia su estratégica posición de vanguardia.

—¡Negro, cubra ese flanco con dos de su confianza! —gritó entre el estruendo de la batahola el sargento, mientras señalaba el lugar preciso con su alabarda, distinguiéndose esta por chorrearle abundante sangre infiel desde la afilada moharra bajando por el asta, tiñendo de brillante bermejo el puño de la reluciente e impoluta camisa, dejando al término un cerco negrusco en el suelo, a los pies de su portador.

Los tres arcabuceros cubrieron la posición disparando a un ritmo frenético, alcanzando a buena distancia a varios jinetes, pero que no era suficiente, pues avanzaban a una velocidad trepidante.

El padre de Tomás vio caer justo a su lado al alférez Juan Ruiz de Castañeda, que acababa de unirse para apoyarlos con un grupo de arcabuceros. Ruiz de Castañeda fue herido de muerte por una pelota de arcabuz que, desgraciadamente, atravesó su peto. Antonio «el Negro» cogió la bandera gritando: «¡Santiago!», dando ya los últimos tajos desesperados a los caballos que en ese momento se le echaban encima coceándole la cabeza. Aún tuvo tiempo para ver cómo amagaban en retirada las fatigosas tropas moras cuando comprobaron que los leones españoles avanzaban en apoyo de los primeros infantes desembarcados, haciendo mucho daño y procurándoles más de seiscientas bajas.

Lo último que se supo de Antonio «el Negro» fue que una jabalina lanzada por un jinete de rostro atezado y tatuado, el cual tuvo los hígados de adentrarse entre la cerrada banda de arcabuceros, atinó con tan mala ventura para el

padre de Tomás que le entró por la garganta, chocando esta contra el acero del espaldar, mientras a su lado, el sargento —también herido por una pelota de espingarda— fileteaba infieles acometiendo con feroz empeño su alabarda en un intento de sacarlo del apuro, consiguiendo al fin llevárselo de vuelta a las galeras antes de que su cuerpo —ya sin vida— fuese ultrajado por el enemigo en su retirada.

No quiso Dios que encontrase la muerte en la campaña del anterior año, cuando se apresaron decenas de navíos piratas capturando a cientos de esclavos turcos y berberiscos en las docenas de encuentros contra algunas escuadras argelinas, así como varias escaramuzas con la flota de la *Sublime Puerta*. Se pudo liberar así a un buen número de cautivos cristianos en el ataque a las Islas Querquenes, situadas frente a Túnez, puerto desde donde partía la mayoría de ataques a la costa italiana, siendo considerado como un auténtico nido de piratas. Se puso proa en los siguientes días hacia La Goleta —cogiéndolos igualmente por sorpresa—, destruyendo y sembrando el caos, luchando entonces como toros bravos contra los infieles allí resguardados. Aquella cruzada se saldó con unos combates encarnizados que lograron un espléndido botín, además de frenar las incursiones berberiscas —cada vez más frecuentes— apoyadas siempre con el oculto beneplácito de un Imperio otomano abrigado eternamente por el estuario del Bósforo en la antigua ciudad de Constantinopla, aun habiendo firmado el sultán la paz con los Habsburgo austriacos.

Al llegar la noticia del fallecimiento de su esposo, Águeda —la madre de Tomás— respiró aliviada al pensar que

nunca más un mal hombre le robaría los dineros para borracheras o meretrices, un dinero que tanto le costaba ganar trabajando sin descanso envolviendo los *Jabones de Castilla* que se producían en la fábrica trianera de las Reales Almonas, en la cercana calle Castilla, además de cuidando a más de una persona mayor o algún que otro enfermo para poder pagar al casero el arrendamiento de un cuartucho en uno de los muchos corrales del barrio, donde en el mismo jergón dormían ella y su hijo, compartiendo calor, amparo y necesidad. Bajo el grueso manto del amor hacia su hijo, Águeda jamás permitió que Tomás tuviera la percepción de vivir en la miseria en la que ella nació y que creyó superar el día que contrajo matrimonio con Antonio «el Negro» en su pueblo natal de Coria del Río, justo el día en que arribó a la localidad el galeón San Juan Bautista albergando en su interior una singular expedición de gentes venidas del lejano Japón que despertaron la curiosidad de todos los habitantes del pueblo durante el tiempo que estuvieron entre Sevilla y Coria hasta partir camino de Madrid; incluso hubo alguno de estos japoneses de la Embajada Keicho que se quedaron finalmente establecidos y contrayendo nupcias con chicas de la localidad, entre las que se contaba su propia hermana Inés.

La pobre no pudo disfrutar mucho llevando toda la carga y los gastos de la casa, sufriendo una vida siempre repleta de sacrificios, puesto que la soldada de su esposo casi nunca llegaba, y cuando lo hacía, era gastada en un santiamén por su marido en placeres poco piadosos con su familia. Pero Águeda se sentía enormemente recompensada al ver crecer a Tomás y presenciar día a día que el chico no se

parecía en nada al díscolo de su padre, y por ello daba diariamente las gracias a Dios.

Cuando Águeda cayó enferma, no quiso llamar a un médico por no gastar más dinero del que debía; siempre pensando en el bienestar de Tomás. Aunque el padre Cristóbal quiso ayudarlos, ya era demasiado tarde: sufría unas tremendas fiebres causadas por una grave infección en los pulmones. El Señor se la llevó demasiado pronto.

El casero, aprovechando la situación de la familia, había registrado antes de la muerte de Águeda toda la habitación de su familia y había encontrado el dinero que intuía que aquella guardaba. Salió a la calle en busca de un médico tras cerciorarse de que el asunto terminaría mal, y casualmente se cruzó con el fraile, al que pidió ayuda. De los dineros no dijo nada, y mucho menos de hacerse cargo del chico.

ÍNDICE

I	9
II	17
III	23
IV	31
V	47
VI	63
VII	71
VIII	103
IX	131
X	151
XI	171



Esta primera edición de *El sastre de Salé*,
de Sergio Villatoro García, terminó
de imprimirse en abril de 2024.

